

PREGON DE LA SEMANA SANTA DE MURCIA

**Pronunciado el día 1 de abril de 1993
en la
Iglesia de San Pedro,
por el
Ilmo. Sr. D. Antonio Díaz Bautista.**

Excmo. y Revdmo Sr. Obispo de la Diócesis. Excmos. e Illmos. Sres. Presidentes y directivos de las cofradías pasionarias murcianas. Dignísimas autoridades civiles y militares. Señoras y señores, queridos amigos nazarenos.

Si el encargo de pregonar la Semana Santa de nuestra tierra es para mi motivo de orgullo, lo es también de inquietud; y no sólo por la certeza de que no alcanzaré la altura de mis predecesores, sino, sobre todo, porque la palabra es instrumento demasiado torpe y limitado para referirse a la Pasión de Jesucristo. La palabra busca siempre ser trasunto de la razón, y no hay mayor sinrazón que el sufrimiento y la muerte de Aquel que es fuente de gozo, y de vida. Quiero agradecer al Real y Muy Ilustre Cabildo de Cofradías por el alto honor que me depara y pedir disculpas por pretender un empeño desmesurado, por intentar hablar de lo inefable y describir lo indescripible. Por eso querría este pregonero que sus palabras sonasen a plegaria de amor, porque sólo el amor incontrolado de Jesús puede explicar esta locura suya de entregar su carne al sacrificio. Las deudas de amor sólo con amor se pagan, aunque el pobre amor de los humanos siempre quedará descompensado ante la desbordada infinitud del Amor divino.

En esta bella Iglesia de San Pedro, tan dolorosamente profanada hace pocos días, en esta Iglesia, corazón del barrio castizo y murcianísimo, me toca hogaño abrir el portal de las procesiones murcianas y me complace mucho que sea aquí, en estos lugares donde todavía se respira y se siente el eco lejano, como zumbido de colmena, de aquella Murcia entrañable que llegué a conocer en mis primeros

años. En el Barrio de San Pedro resuenan todavía los pregones de ciegos voceando *los iguales* y prometiendo la fortuna para *hoy*, y el trajín de los vendedores y los recoveros en Verónicas. Este barrio era grave y solemne cuando los magistrados de negra toga enjuiciaban en el Almudí, y era, es aún por suerte, bancal florecido de tabernas y bodegones donde se disfruta de la amistad, de la charla pausada, de la bebida con moderación y de las sabrosas viandas de la tierra. Este barrio ha sido siempre terreno de pasteles, repostería y churros; lugar para hacer parada, reponer fuerzas y endulzar el paladar. Es zona de comercio familiar y de puestos de flores, para recordar a los difuntos o festejar a los vivos. Cuando los murcianos nos acercamos a San Pedro, pensamos que sus calles y plazas son un bastión donde todavía no ha penetrado el marketing ni la soledad despersonalizadora de la gran ciudad. Cuando el sol amarillo del otoño dora la fachada de esta Iglesia, vienen a ella los pucheros tostados del arropo, y, ahora, con la luz nueva de la primavera, brotarán de sus viejas piedras las palmas de oro, para decirnos que ya estamos en Semana Santa. Palmas de triunfo para recibir al Salvador en la Ciudad Santa, pero también palmas de martirio cercano, pues los mismos que gritan *Hosanna* el Domingo de Ramos, dirán el viernes: *¡Crucificalo!*. Pero, sobre todo, el barrio de San Pedro es barrio procesional, y este pregonero guarda en el desván de su memoria, el recuerdo de sus primeras procesiones, entrevistas, con ojos de sueño, desde un entresuelo cercano a este contorno, con una larga espera hasta que los globos de colores pasaban a la altura del balcón, y venían los caballos trotando sobre los adoquines, y pasaba el buen Jesús sufriendo, tan cercano y tan malherido, que uno no sabía qué hacer para remediar sus afrentas, para curar los desgarrones de su torso, para arrancar las espinas de su frente y para desclavarlo de la cruz. Y la sangre infantil se agolpaba en la garganta, al comprender, por vez primera, que en el mundo existe el odio, la crueldad y la violencia.

Por las calles de nuestra Murcia, como todos los años, van a desfilar imágenes de Cristo doliente. Imágenes con nombres de paz y consuelo. Cristo del Amparo, porque nos ampara frente a los empujones de la vida. Cristo de la Esperanza, porque sólo en El podemos esperar algún remedio para este mundo desquiciado. Cristo del Perdón, el único capaz de disimular nuestras torpezas. Cristo de la

Salud, porque es quien puede sanar las dolencias de nuestro espíritu enfermo. Cristo del Rescate porque nos libera del perpetuo secuestro en que nosotros mismos nos raptamos. Cristo de la Sangre generosa, que mana a borbotones para transfundirse a una humanidad anémica de amor. Cristo del Refugio, donde acude la barquichuela desarbola-da de nuestra alma huyendo de la tormenta de la vida. Jesús Nazareno, que avanza vacilante llevando a cuestras la cruz de nuestras culpas. Cristo del Sepulcro, dispuesto a descender a los más hondos abismos de nuestro espíritu. Cristo de la Misericordia, porque acoge en su pecho nuestros corazones miserables. Procesión del Retorno, para que sepamos regresar a nosotros mismos, purificados por el drama del Calvario. Cristo Yacente y quieto, ensimismado en la frialdad de la muerte, que es el supremo triunfo de la vida. Cristo Resucitado triunfante y glorioso en la mañana esplendente de primavera. Una docena de Cofradías, doce procesiones que son los doce pétalos de la rosa mística con que Murcia conmemora el dolor y el triunfo de la Redención.

Nunca es Murcia más ella misma que en estos días de la Semana Santa y nunca se podrá entender a esta Ciudad sin vivir, momento a momento, año tras año, los días de esta Semana. Quienes, llevados por la moda, se ausentan de su tierra en este tiempo, o permanecen ajenos al rito procesional, corren el peligro de que Murcia deje para ellos de ser lo que es y se convierta en un simple lugar del mapa; se arriesgan a vivir en Murcia como si residieran en cualquier parte. Bien que lo saben los murcianos en el exilio, que regresan, como golondrinas, en Semana Santa para renovar su compromiso con la murcianidad. Murcia vuelve en este tiempo a ser tierra hortelana y vegetal, y en cada uno de nosotros revive ese huertano que todos llevamos dentro y que sabe muy bien que si la semilla no muere en la tierra no fructifica. El huertano de Murcia ha entendido, desde hace muchos siglos, que el silencio de Cristo en la muerte y el sepulcro, es el preludio de una resurrección, y seguramente es por eso por lo que coloca los dorados *capillos* del gusano de seda a los pies del trágico Nazareno que avanza hacia la muerte en la mañana de Viernes Santo. Quizás el huertano que puso por primera vez estos *capillos* embojados en el paso, quiso decirnos que el gusano se entierra en su sepulcro para resucitar transfigurado. Murcia conmemora la muerte y el

dolor cuando la naturaleza estalla de vida y de alegría. Pero es que la tragedia del Calvario está ahí para enseñarnos que el sufrimiento no se acaba en sí mismo, sino que es camino de triunfo y redención. Por eso el forastero se sorprende cuando conoce nuestras procesiones, y llega a pensar que toda esa revolera barroca de medias de repizco, enaguas almidonadas, pecheras de encaje y buchecorondos, no es más que folklore profano que escarnece el divino sufrimiento. Si piensan así es que no han comprendido que la Pasión de Jesús es camino de resurrección y gloria, y que, si sólo nos quedamos con el drama y el dolor, nos encontraremos en la mañana del domingo buscando entre los muertos a quien ya está entre los vivos.

La Semana Santa Murciana tiene colores y olores, sonidos y sabores que nos llenan los sentidos un año y otro, haciéndonos volver a otras semanas santas cada vez más lejanas. Habrán cambiado las callejuelas recoletas y se habrán convertido en amplias avenidas llenas de brillantes reclamos publicitarios. Las antiguas casas coronadas por el palomar, con balcones y miradores poblados de macetas, serán ahora petulantes edificios altivos y desmedidos. Los murcianos del presente ya no vivirán como antes, e incluso han nacido nuevas procesiones y se han renovado las antiguas. Sin embargo, cuando el reguero de penitentes se desparrame por la Ciudad, miles de ojos murcianos se nublarán de emoción al contemplar la Pasión de Jesucristo. Miradas infantiles donde empieza a picar el sueño, brillantes pupilas juveniles que apuntan a lo alto y se encuentran con Jesús clavado en el madero, ojos maduros y cansados que van mirando hacia la tierra que les espera cada día más cercana. En todas estas miradas habrá un toque de tristeza antigua, la misma que empañaba las de los murcianos de hace años y de hace siglos. El paso de la procesión pone a los murcianos de hoy en comunión con sus lejanos ancestros, y el espíritu de la Ciudad se queda aleteando, casi impalpable, por encima de los tejados, suspendiendo su vuelo como un insecto sobre el cáliz de una flor.

Cada procesión es para el murciano la ocasión de volver hacia atrás en el tiempo y reencontrarse en la evocación con amigos y familiares que ya no están con nosotros, pero que un día nos llevaron de la mano, nos sentaron en sus rodillas, nos acompañaron a ver el desfile, o nos dieron caramelos. La muerte de Cristo, nos dice San Mateo,

abrió muchas tumbas y los que en ellas estaban entraron en la Ciudad y se aparecieron. También a nosotros cuando las imágenes asoman temblando por las esquinas se nos aparecen cada vez más amigos y familiares que se fueron. Cuando los murcianos contemplamos pasar las procesiones no podemos dejar de pensar en que llegarán otras Semanas Santas en que otros murcianos nos recordarán cuando ya no estemos con ellos.

La Semana Santa murciana es caleidoscopio de variados colores. Cada día tiene su color. La tarde noche del Viernes de Dolores tiene un cielo de azul oscuro sobre la torre de la Iglesia de San Nicolás. La del Domingo de Ramos es de un verde tierno en las hojas nuevas que brotan por la Huerta. El ocaso del Lunes luce con reflejos magenta si se mira desde el Puente Viejo hacia San Antolín. El crepúsculo del Martes se adorna con nubecillas blancas, rojas y moradas sobre las torres gemelas de San Juan de Dios y San Juan Bautista. El último sol del miércoles pone su acento rojo en los árboles del Jardín y en la fachada de la Iglesia carmelitana. La negrura de la noche del jueves tiene en San Lorenzo su oscuridad más silenciosa. La mañanica del viernes comienza con un cielo morado de lirio húmedo de rocío, morado de buganvilla desparramada en el dintel de la casa huertana, morado de terrado de láguena donde se agolpa la gente, para ver desde arriba el bodegón barroco de la Cena, morado de revuelto carretero para templar el estómago camino de la Iglesia de Jesús. Después se irá tomando dorada, al derretirse la luz, desde lo alto de los tejados, sobre la carne gloriosa del Angel, sobre los oros de la túnica de San Juan, y sobre la lágrima cristalina de la Dolorosa. La noche del viernes es negra y luctuosa en la plaza de San Bartolomé, y, por encima de los viejos edificios, la blanquecina luz de la luna quiere pintar un sudario colgando al viento sobre una cruz desnuda. En San Esteban, será la noche negra con rojos claveles, y a la media noche, cruzará la negrura sobre el río al regreso cansado del día dramático. La luz de la tarde del sábado es blanca como las palomas de Santo domingo. Y el domingo de Pascua amanece con un sol nuevo, blanco y amarillo, sobre la Plaza de Santa Eulalia.

La Semana Santa de Murcia trae cada año los mismos olores que siempre parecen nuevos y recién hechos. El aire huele a azahar que lucha en la Huerta contra un río y unas acequias tan putrefactas como

las almas que el Redentor limpió con su sangre. Huele a flores que adornan los pasos, huele a incienso y huele a brisa húmeda que inquieta el ánimo, por si la lluvia descarga y desluce el cortejo.

La Semana Santa de Murcia trae aparejados sus sabores antiguos y elementales. Sabe a mona dorada y esponjosa, coronada de huevo duro, a habas tiernas que crujen al morderlas, a pastel de carne o empanada de vigilia. La procesión nos sabe a los murcianos a merienda en la calle, guardando las sillas y esperando impacientes el rumor de los tambores. Y, sobre todo, nuestra Semana Santa sabe a caramelos envueltos en versos, que se deshacen lentamente en la boca, dejando un regusto a infancia perdida: a anís, limón, menta, fresa y bergamota.

Hablar de la Semana Santa de Murcia es oír sonidos que sólo se escuchan en este tiempo. Vendrá por la mañana el alegre pasacalles de las convocatorias. Después, cuando ya la procesión invada la Ciudad, será el crujido de los pasos al doblar las esquinas, trazando su inverosímil singladura, el golpe seco del cabo de andas para detenerlos o reanudar la marcha, el cristalino tintineo de las tulipas. La procesión tiene el sonido pausado de las marchas pasionarias, siempre las mismas, pero también el enervante contrapunto de los tambores destemplados y los palillos que entrechocan frenéticos, y las bocinas que rasgan el aire con un agrio lamento. La tarde de Jueves Santo tiene en la Plaza de San Agustín un largo llanto antiguo en las gargantas recias de los auroros cantando las salves de Pasión. Los auroros huertanos de Murcia han sabido guardar en el fondo del arca de su memoria ritmos y melodías milenarias, seguramente venidas del otro extremo del Mediterráneo, quizás traídas por aquellas gentes de Bizancio que en el siglo VI pusieron el pie en nuestra tierra en un loco intento de restaurar el Imperio Romano. Ritmos y melodías venerables, emparentados con los que aún se escuchan en la liturgia de la Iglesia Oriental. Melismas y cadencias que vienen directamente de los cánticos de la Iglesia primitiva, cuando el orgullo y la intransigencia de los hombres todavía no habían logrado fragmentar el mensaje de Jesús con cismas y anatemas. No alcanzamos a comprender por qué este tesoro musical arraigó y se quedó floreciendo a la orilla de nuestras acequias, bajo la sombra húmeda de las moreras, cómo han conseguido los huertanos de la Aurora preservar este caudal

sonoro que suena en sus voces y sube por sus venas, empujado por las oscuras fuerzas de la tierra como la savia primaveral por los viejos troncos. Y en este punto querría el pregonero hacer un ruego a quien corresponda, a las autoridades que tienen a su cuidado la gobernación espiritual y temporal de nuestra Ciudad. Para que estas voces milenarias de los auroros sigan escuchándose en la tarde de Jueves Santo sería conveniente que no se vieran agredidas y acalladas por el estruendo del tráfico ni por los insistentes volteos del campanario vecino, y no sería demasiado difícil tomar las determinaciones necesarias para que durante un breve tiempo reinase la calma en la dorada tarde de Jueves Santo y se pudiese disfrutar de la antigua plegaria de los auroros.

La Semana Santa de Murcia nos presenta el relato pasionario encarnado e injertado en las gentes y en las cosas de nuestra tierra. Todos los pueblos cristianos han buscado siempre representar los misterios bíblicos adaptándolos a su propio paisaje, pero para nosotros, habitantes de un paisaje palestino, resulta mucho más fácil imaginar al Redentor esparciendo su dulce prédica por los secanos blanquecinos, o por las veredas de la Huerta, recortando su silueta sobre el tapial refulgente de sol donde se asoma el olivo y el ciprés, el rosal y la palmera. Nuestra tierra tiene resonancias bíblicas y por ello nos sentimos los murcianos más obligados, si cabe, a recrear en nuestras calles, y en nuestros corazones, el tremendo drama de la Pasión de Jesucristo. Las Santas mujeres del Evangelio son aquí murcianas de buen corazón y mirada amorosa. Marta y María acogen en su mesa a Jesús con la cariñosa hospitalidad de las mujeres de la huerta, le apañan enseguida la comida y el vino a la sombra de la parra, junto a la higuera, donde cuelga el cántaro rezumando frescura. La Samaritana es una buena moza que se demora de palique con el Salvador en la grata humedad del brocal y descubre donde está el manantial de la vida. La Verónica parece una garbosa mujer de nuestra tierra que avanza decidida, sin miedo al qué dirán, a enjuagar la Santa Faz, sudorosa y sanguinolenta, con el blanco paño que huele todavía al membrillo del arca. La Magdalena es una mujer de aquí, dulce fruta madura, que pecó de amor y alcanzó el perdón porque amó mucho. Murciana es la mesa colmada en la que el Salvador se nos ofrece en pan y vino. Los discípulos dormidos parecen huertanos que se queda-

ron traspuestos, reclinados contra una mota, esperando la tanda. Murciano es ese San Juan mocico que avanza con brío juvenil hacia la cruz, para que el Maestro le regale el don más preciado: el amor de su Madre. Murciano es ese gallo altivo que tras la bardiza de cualquier corral huertano quiebra con su canto el cristal del alba recordándole a Pedro, y a todos nosotros, la cobardía de la negociación.

También la cara oculta de nuestro ser colectivo aparece reflejada en nuestra Semana Santa, ese lado que quisiéramos olvidar, pero que existe, como los cardos y malas hierbas que crecen en nuestra tierra queriendo ahogar la generosa ofrenda del frutal y la hortaliza. Los sayones de nuestros pasos muestran el odio y la violencia de la que somos capaces, cuando el corazón se nos emborria, cuando el sol del amor se nos anuble y cuando nos soplan en el alma los turbios ventarrones y nos vienen las oscuras nubes de la riada. También el Berrugo es una de las actividades indeseables del murciano. Cínico y despreocupado, se vuelve de espaldas al Amor divino para dedicarse a sus habas, hurtadas en cualquier bancal huertano. Porque Berrugos somos, a veces, los murcianos cuando nos desentendemos de las causas nobles y nos dedicamos, escépticos y suficientes, a destrozarnos la cosecha de nuestros propios paisanos.

Y son también murcianos los ángeles de nuestra Semana Santa. Hay menudos ángeles zagalicos que lloriquean compungidos agarrándose al manto de las vírgenes dolorosas. Angelotes regordetes y redondos como esas nubecillas blancas que vienen de la mar y correatan, llevadas por la brisa, hasta perderse sobre el azul lejano de la sierra. Cupidillos paganos bautizados por la sangre redentora, que sostienen los miembros desmayados de Jesús cuando su cuerpo yerto reposa en el angustiado regazo materno. Después, cuando llegue la mañana gloriosa del domingo, un Angel sostendrá la Cruz Triunfante para proclamar que la Muerte ha sido vencida. Y una pandilla de ángeles niños conducirán, simbólicamente encadenado, a un demonio oscuro que ya no da miedo sino risa, porque el mal ha perdido su aguijón.

Pero todos los ángeles de nuestra Semana Santa se resumen y concentran en el Angel de la Oración. No se puede comprender a Murcia sin pensar en ese Angel magnífico que conforta a Jesús en el Huerto, pura luz hecha carne, carne transfigurada en espíritu por la suprema

belleza, dulce melodía de oboe barroco que ilumina el gris plateado del olivo en una mañana que amaneció *desangelada*. Este Angel murciano es nuestro Angel, al que nuestras madres nos hacían rezarle cuando éramos chiquillos, y que todavía nos parece entrever cuando damos un paseo por la Huerta y vemos la luz del sol temblando, al pasar por el cañaveral, debajo de la palmera. Todos los murcianos albergamos la secreta ilusión, y ojalá se nos cumpla, de que el día del Juicio venga a despertarnos precisamente el Angel salzillesco de Getsemaní.

El Angel esplendoroso de la mañana del Viernes Santo es consuelo y aliento del Redentor en el momento más humano de su Pasión, cuando su carne de hombre flaquea y siente que el cáliz es demasiado amargo. Este momento de sudor frío ante el drama inminente nos descubre, mejor que cualquier otro, la humanidad de Jesús: nos hace comprender que quiso ser como nosotros, que se había hecho hombre y por eso sintió su carne débil, aunque su espíritu estaba presto, que como humano tuvo miedo, pero aceptó el sacrificio. Pidámosle que cuando la vida se nos ponga difícil, cuando creamos que no hay salida para nuestros pesares, cuando nuestra pobre carne tiemble ante el sufrimiento, nos envíe al dulce Angel para que nos señale el cáliz que corona la palmera cimbreada. Entonces sabremos que el cáliz del sufrimiento, que a todos nos espera inexorable, ya no es amargo porque se endulzó al beber Jesús en él.

Yo te veo, Jesús, desmadejado
bajo las hojas grises del olivo
viendo acercarse ya el definitivo
sacrificio por Ti tan esperado.
Y en tu rostro de lirio acorralado
el resplandor ambiguo y fugitivo
de un turbio amanecer dubitativo
pone un reguero de sudor helado
Yo sé que Tu, Señor, tuviste miedo
de beber aquel cáliz de amargura
que el Angel señalaba con su dedo,
y el recordar tu miedo me procura
las fuerzas, cuando pienso que no puedo
seguir hasta el final de mi andadura.

Y murciana es también, para nosotros, la Madre Dolorosa, que camina con los brazos extendidos y el dulce regazo traspasado por el áspero cuchillo. En el limpio pétalo de su rostro tiembla el rocío de una lágrima. Querría la Madre que el tiempo se hubiese parado, y que esa carne del Hijo que cuelga ahora, lívida y sangrienta, en la cruz, fuese todavía aquella carne infantil y gordezuela que se agarraba a su pecho y se quedaba dormida al sonsonete de la nana. Pero ahora sentirá la Madre angustiada en la noche del Viernes Santo que aquel cuerpo helado no revive con la tibieza de su regazo por más que ella lo estruje contra su cuerpo. El dolor de la Madre Dolorosa es el dolor de todas las madres murcianas, de todas las madres del mundo, cuando pierden a sus hijos o los ven sufrir por la guerra, la miseria, la droga, el hambre, la enfermedad y la injusticia.

Tu lo sabías, Madre Dolorosa,
que el terrible momento llegaría
y que un puñal de horror traspasaría
tu dulce corazón de tierna rosa.
Y caminas ahora temblorosa
herida por la luz del nuevo día
con los brazos en alto, que querrían
destrozar esa cruz ignominiosa.
Yo deseo pasar por tu cintura
mi brazo, Madre, y apoyar tu pena,
y tu rostro de límpida azucena
reclinar en mi hombro miserable
para que así tu lágrima inefable
caiga en mi pecho y lave la amargura.

Murciano es, en fin, el nazareno. Esos miles de nazarenos que cada año esperan impacientes el momento de sacar a la calle su procesión, de ponerse la túnica, ceñirse el cingulo, echarse al buche los caramelos y cubrir su cabeza con el airoso capuchón de punta redonda. Ellos son los que asumen cada año el compromiso de mostrar por las calles de Murcia el relato de la Redención, la gran lección del sufrimiento y el triunfo. Anónimos penitentes que portan la llama viva para alumbrar el cortejo, o cargan con la cruz, para recordar el agobiado camino del Redentor. Mayordomos cargados de encajes y

lazos dieciochescos, que van y vienen por la carrera, atentos a cualquier detalle. Y especialmente los estantes, los más genuinamente murcianos de todos los nazarenos, los de la túnica remangada y las medias florecidas, ceñidas por las cintas de la alpargata huertana, los del seno ubérrimo repleto de caramelos, de huevos duros y de jugosas habas tiernas. Los que soportarán durante horas el peso de los tronos clavándose en el hombro, y en cada parada tendrán todavía la sonrisa presta para obsequiar a los amigos, y hasta a los forasteros desconocidos, con la generosidad abierta y campechana del hombre de nuestra tierra, que goza más compartiendo lo que tiene, que disfrutándolo él solo. Después, cuando rendido por el esfuerzo y con el seno ya vacío, vuelva a su casa y se quite la túnica encontrará que en su hombro ha florecido un moratón y sentirá que aquel dolor le acerca al sufrimiento de Cristo, pero también traerá en su recuerdo la mirada de aquel chiquillo desconocido, quizás venido de otra tierra, a quien nadie daba caramelos. El estante cansado sentirá que en su alma hay un relámpago de alegría: la de la aquel crío al que le llenó los bolsillos de caramelos haciéndole brillar los ojillos golosos. Y esa noche, cuando el estante se eche a la cama a descansar sus miembros derrengados, soñará que Cristo lo llama desde lo alto del paso y le dice: *“Me viste en la calle y me diste un puñado de caramelos. En verdad, en verdad, os digo que lo que hicieris con estos pequeños, conmigo lo hacéis “*

Cristo va a desfilar por nuestras calles murcianas para contarnos, un año más, su agonía y su triunfo. Lo veremos sufriendo como cordero atacado por fieras. Lo veremos colgando de la cruz y perdonando a sus enemigos. Y nos dirá que tiene sed. Mucho sabemos los murcianos de tierras cuarteadas por la sed y de secarrales que sólo crían espinas al faltarles el agua. Pero también hemos de saber que los labios resecos del Redentor no están sedientos de agua sino de amor, que es el abandono y el desprecio de los hombres el que ha llenado de arena su garganta, el que ha dejado su lengua áspera como el esparto.

Tiene sed Jesucristo en su tormento
y no hay lluvias ni arroyos ni torrentes
que puedan refrescarle los ardientes
labios quemados por el seco viento.

Y el Calvario conoce su lamento
de sed inaplazable, sed urgente,
sed que golpea en la divina frente
y que amorata el rostro macilento.
Mas la sed de Jesús no es de bebida
y con hiel y vinagre no se calma
es sed de soledad y desamores.
Abreme mi Jesús una escondida
fuente de amor que brote de mi alma
para aliviar tu sed y tus dolores.

Demos a Cristo el agua fresca de nuestro Amor para calmar su boca ardiente. Abrámosle nuestro pecho, y acompañémosle en la soledad de su Pasión y Muerte, para que en la gloriosa mañana del Domingo, cuando canten las caverneras en los cañares y el sol se asome por las cimas de Carrascoy nos sintamos resucitados con El.

MUCHAS GRACIAS.